

revolución que podrirse lentamente en el estiércol de la monarquía, en el cual nos hemos marchitado hasta febrero.

Para nosotros ha llegado, sin duda, el momento de despertarnos hasta lo más profundo de nuestras almas, de lavar la inmundicia de nuestra existencia, acumulada desde hace siglos y de someter a revisión todas nuestras costumbres y nuestro criterio sobre el valor de la vida y de las ideas. Debemos despertar en nosotros todas nuestras fuerzas y capacidades, y proceder, obrar, audaces y prácticos, a la reconstrucción de nuestro planeta.

Cierto es que nuestra situación es trágica; pero es en la tragedia que el hombre se revela más grande y más bello.

Es difícil vivir. Mucha mezquindad odiosa ha salido a flote en la vida y no está la santa ira que sepa ahogar todas las vulgaridades.

Sinesio, obispo de Tolemáida, dijo:

"El filósofo necesita la tranquilidad del alma, pero el buen timonel se educa en las tempestades".

Dejadnos creer que aquellos que no desaparecen en el caos y entre las tempestades, llegarán a ser más fuertes y educarán en sí mismos una fuerza invencible de resistencia contra los viejos animalescos principios de la vida.

Hoy es el día del nacimiento de Cristo, de uno de los más grandes símbolos que el hombre haya creado en sus esfuerzos hacia el derecho y la belleza.

Cristo es la idea inmortal de la piedad y de la humanidad: Prometeo es el enemigo de los dioses, el primer rebelde contra el destino.

La humanidad no ha creado nada más sublime que estas dos personificaciones de nuestras tendencias.

Y ahora llega el día en que los dos símbolos —el de la bondad y de la piedad y el otro de la soberbia y de la audacia— se funden en el espíritu del hombre en un solo gran sentimiento y todos los hombres reconocerán el propio valor, la belleza de sus aspiraciones y los vínculos de sangre que los ligan entre ellos.

En estos días tan terribles para muchos, en los días de la rebelión, en estos días de sangre y de odio no debe olvidarse que nosotros, por el camino de los grandes dolores, de las pruebas más graves, marchamos hacia el renacimiento del hombre y estamos cumpliendo la inmensa obra de librar la vida de las graves enmohecidas cadenas del pasado.

Dejadnos creer en nosotros mismos; dejadnos trabajar con tenacia. Todo está en nuestro poder y no hay en el mundo otro legislador que nuestra voluntad razonable.

A todos los que se encuentran solos entre la tempestad de los acontecimientos, cuyo cora-

zón está atormentado por malas dudas, cuyo espíritu está oprimido por el dolor, mi saludo. Y mi saludo también a los que, inocentes, languidecen en las prisiones.

MÁXIMO GORKI.



## Un poeta proletario ruso

### NÉKRASOFF

Fué el visconde Melchor de Vogué, a quien debemos los primeros estudios aparecidos en Francia sobre los novelistas rusos, que nos lo hizo conocer en un ensayo sobre la poesía socialista en Rusia, y fueron Halpérine y Morice quienes hicieron las primeras traducciones francesas.

En la Argentina nadie se ocupó de Nékrasoff y su nombre es completamente ignorado.

Sin embargo sus versos, volantes como pájaros lividos sobre el horizonte de su patria lejana, fueron muy pronto populares en Rusia, por haber en ellos transfundido el poeta lo que sus contemporáneos representaron en la novela: la descripción de las miserias y el sentimiento de los dolores del pueblo. Nékrasoff se inspiró en los quejidos de la miseria, que sube de los campos y de las calles, de las tabernas y de las minas, de las cabañas de los pastores en las estepas y sobre las aguas del Volga.

Entre él y los novelistas de su tiempo corre una diferencia esencial, porque en su obra poética de idealista exaltado no se encuentra ese fondo, común a los novelistas, de misticismo, de resignación, de amor por los sufrimientos que ellos denuncian y analizan. Con su inteligencia de ateo y de positivista, Nékrasoff es un revolucionario de tipo occidental. Y es a esta disposición de ánimo que él debe el defecto latino de la declamación.

Si él no es el más grande poeta de su país, es ciertamente el más original y en algún sentido y bajo cierto aspecto el más popular, ya que penetró más hondo en las capas más íntimas de las nuevas generaciones.

La originalidad es la cualidad que más en él se destaca.

Ninguna literatura europea nos ha dado en los últimos cincuenta años un poeta más personal, más nuevo en sus visiones, más libre y puro de todas las imitaciones. Su musa es la musa de los hambrientos y perdidieros.

El transfundió en sus ritmos todas las lágrimas y todas las maldiciones de la vieja Rusia y su poesía abraza todos los aspectos de la vida nacional, todas las condiciones del hombre ruso. Desde su primera edad, la humanidad se le

ofreció separada en dos clases: una de verdugos, la otra de víctimas.

A los diez y seis años abandonó la casa paterna y empezaron para él los años de la miseria horrible en San Petersburgo, primeramente en la Universidad, luego en las redacciones de los diarios, más tarde en las tiendas de los librerías.

Nékrasoff nos cuenta que sufrió cada día, por tres años, el hambre y contrajo en este tiempo el germen de la enfermedad que lo llevó a la tumba.

Pero la inspiración poética jamás decayó en él, y continuó inspirándose a las mismas fuentes, hasta sus últimos días, en el 1878.

"Conviene — dice él en una de sus canciones — morir en el invierno. Los ricos mueren generalmente durante esta estación a fin de que los gusanos no los devoren muy pronto y puedan así conservar más largamente bajo los hielos sus aires de importancia."

La juventud nihilista acompañó su poeta al cementerio y fueron arrojados sobre el muerto enormes peñas de granito rojo, tristes y toscos en su aspecto como la obra del poeta.

Bajo de estos pesados monolitos, parece que hayan querido los amigos hacer penetrar más en la tierra el espíritu rebelde que había habitado aquel cadáver.

En sus versos de amor falta toda languidez de ternura y todo calor de pasión.

"Yo amé — canta — como un salvaje celoso... ¡Oh tú, de quien yo huía con espanto para volver y arrojarme en tus brazos con amor; tú a quien yo dirigía desde el fondo de mi corazón las bendiciones y los anatemas, ya no existes!

Yo podría injuriar al ídolo que adoré en otros tiempos, podría frente al mundo entero señalarle con indeleble marca. Pero mi odio no irá más allá de la tumba."

Lo opuesto del famoso canto del odio de Baudelaire, que rehizo Stecchetti.

Leyendo de nuevo viejas cartas de amor, se conmueve una sola vez y exclama:

"¡Carta de la mujer adorada! El placer que proporcionáis es inmenso, pero es más grande el dolor que preparáis al alma viuda en un próximo porvenir. Cuando la llama de la pasión se apagará, devolved esas cartas y no volváis a leerlas. No hay mayor tormento que aquel de llorar sobre esas fechas lejanas. Empezaréis a leerlas con ironía, como si se tratara de un vano e inocente capricho, y terminaréis por leer con furor celoso o con desesperada tristeza."

Nékrasoff no ha sabido, no obstante, crear

tipos de mujeres inmortales. En sus obras se perfila la figura borrosa y simbólica de la campesina, esposa y madre, esclavas de quienes canta el coraje y lamenta la miseria.

Sus mejores heroínas están en *Mujeres rusas* donde glorifica las desterradas voluntarias que siguieron en Siberia a los maridos deportados, después de la insurrección revolucionaria de 1825.

Sin embargo, sus mejores preocupaciones son esas pequeñas epopeyas de la vida popular, donde en algún apartado rincón de aquel triste paisaje ruso, que él conoce a la perfección, coloca algún pobre ser. Poco a poco, estos pobres hombres llegan a la altura de un símbolo gigantesco.

A este ciclo pertenece el pequeño poema famoso: *¿A quién conviene vivir en Rusia?*

Algunos campesinos se preguntan, cansados del trabajo, para quien es dulce y libre la vida en Rusia. Y para solucionar la cuestión se van caminando por montes y valles, interrogando una vez a los funcionarios otra a los mercaderes y alguna a los señores y otra a sus hermanos de gleba. Todas las respuestas son tristes y negativas. La impresión general es de desaliento y se concentra toda en la leyenda del gran pecador Kordéiar. Este Kordéiar, un bandido cargado de todos los crímenes, va a visitar a un piadoso ermitaño, para purificar la conciencia, antes de morir.

El ermitaño le impone la penitencia de aserrar una encina gigantesca con el cuchillo que le sirvió para cometer tantos asesinatos. Cuando el árbol caerá, sus pecados serán perdonados. Kordéiar pone mano a la obra; los años pasan y él no ha terminado aún.

Pasa una señora que interroga al penitente, riéndose de su credulidad.

Súbitamente desesperado, Kordéiar se le arroja encima y la atraviesa de un cuchillada: en el mismo instante el árbol se derriba.

El gran pecador está absuelto porque entre todas hizo una obra buena y piadosa: ¡matando a un propietario!

De este rencor implacable de oprimido y rebelde brotan los treinta mil versos de la obra poética de Nékrasoff. "Yo no tengo recuerdo — él escribe — de una Musa amorosa y acariciadora que me haya murmurado dulces canciones. La que me inspiró desde las primeras horas fué la Musa de los sollozos, del luto y del dolor, la Musa de la tristeza y del llanto eterno".

Y es así como su poesía pertenece toda al arte revolucionario.

GUSTAVO B. CRIVELLI.

